

Salvador Trevijano
UNOS DÍAS CON BLASCO IBÁÑEZ
(*Correo de la Mañana*, 19-10-1924, p. 4)¹

El viaje

Después de la hermosa manifestación de fuerza progresiva y de modernidad que han constituido el Congreso Mundial y la Exposición de Avicultura de Barcelona, demostrando palpablemente el inmenso valor de las cosas, al parecer ridículas y despreciables, pero que constituyen el gran fondo de la riqueza de los pueblos, henos aquí camino de la frontera, atravesando las sonrientes y bien cultivadas campiñas de Cataluña.

Port-Bou, Cervera, pasaportes, aduanas, billetes, todo a la verdad, rápido, leve, moderno, también, tratando de hacer llevaderas estas trabas que las naciones se imponen para proteger su seguridad y defender su economía, y el tren corre otra vez.

Vamos en segunda. Así lo exige el romanticismo de este viaje. A ser necesario iríamos a pie, como los antiguos peregrinos, y así se lo habíamos prometido al gran escritor, que había gentilmente brindado su apoyo y protección para una obra en la que quizá hemos puesto demasiadas ilusiones y exageradas esperanzas. Pero el segunda es flamante, cómodo, confortable, demasiado cómodo tal vez para nuestros renunciamientos materiales. Lleva luz eléctrica, vitrales corridos: parece un fanal. Así los demás, los *sleepings*, los primeras y los terceras también. Tal como es el tren, no es difícil compararlo con un cometa, surcando las sombras de la noche. La fatiga, el sueño, los escasos viajeros me permiten reposar y soñar.

Amanece; son los amables campos de la Provenza, las colinas suaves plantadas de viñas, de almendros, de pinos marítimos. Otra vez el sueño y un ligero sobresalto. El revisor recorre el tren, advirtiendo amablemente a los viajeros la inminencia de un cambio de ruta para los que van a París, para los que van a no sé dónde. Pero no es necesario. La patriarcal solicitud de la Compañía nos ha colocado en un coche directo que ahorra las molestias inseparables del transbordo. El revisor es un muchacho joven, melifluo, amabilísimo, con el bigote breve, la boca femenina; uno de esos franceses de cromó que hemos visto tantas veces con el clásico uniforme de la infantería y de los guardias móviles, cantando *Le Chant du Depart* a la salida de una aldea. Jemmapes,

¹ Esta curiosa entrevista, que bien parece una crónica de viaje, se publicó en formato de folletín los días 19 y 22-25 de octubre.

Sedan Bazaine y hoy Verdún, La Argona, Joffre, Foch, Mannoury, los Campos Cataláunicos, como en la antigüedad, porque la historia se repite. Pero *pax victis*, honor para los héroes, gloria a los muertos.

Beaucaire, el caudaloso Ródano, el castillo del rey Renato, Tarascón. Tal reza un letrero gigantesco, con letras de a metro, sobre un depósito gris, enorme, machucho, de cemento armado. Así en todas las estaciones; pero la exageración nos sorprende aquí. ¡Aquí tenía que ser! Pero es lógico, porque en Tarascón empieza el P. L. M. la Compañía de París, Lyon, Mediterráneo, el tren para la Costa Azul y para Italia, al que han enganchado el nuestro formando un convoy de medio kilómetro, que remolca fácilmente una *compound* soberbia del tipo Canadian Pacific.

Estamos a punto de perder el tren por culpa de un empleado que nos dice que hay tiempo suficiente y se puede tomar café. ¡Ah *los farceurs*! Tarascones al fin y al cabo, hiperbólico, exagerado. Otra vez en marcha, las viñas, los pinos, los almendros, los grandes chopos, que marchan el curso del río.

Pero allá van los cazadores de gorras, precedidos por Bomparda o Costecalde, por el héroe inmortal. El tren los alcanza y podemos ver que son trabajadores con las herramientas al hombro detrás de dos guardas de campo con el fusil en bandolera. Efectos de la luz meridional, del cielo de Provenza, del *mirage* en suma.

Y ahora si el lector lo permitiera y dominara su impaciencia yo podría hacer un inciso para saborear para mí solo una evocación nostálgica.

... Allá en mis tumultuosas, ¡ay!, pero lejanas mocedades, el que esto escribe era el jefe, el cabecilla de la que las gentes calificaron con el amable título de la Troupe Salvaje. Los veraneantes del Norte por aquella época tienen que acordarse. Éramos extremeños casi todos por el nacimiento o por el origen, hijos de familias bien acomodadas con sendos latifundios en estos campos feraces. Constituíamos una asociación fraternal de socorros y de ayuda mutua, insaciables comedores de libros y grandes emprendedores de aventuras, extremeños al fin y al cabo.

Entusiastas, más bien fanáticos admiradores del autor de *Jack*, de *Safo* y de *El Nabab*, nos habíamos repartido los títulos de los personajes tarasconeses.

A mí, como es lógico, me cupo el de Tartarín, ¡Qué inolvidables días, cuántas locuras hicimos por las montañas y por los mares de Cantabria!

Aun cuando casi todos, por su fortuna o por su posición social, podían haber brillado en el gran mundo, ninguno quiso hacerlo. No éramos de esos señoritos bien, de ahora, que pegan a las mujeres fáciles y dicen nimiedades en los salones. Éramos

sportmen rudos, verdaderos, que íbamos en un barco de vela, en un pequeño barco de vela de Lequeitio a Bayona, que hacíamos jomadas de treinta kilómetros andando y nadábamos varias millas mar adentro. También nos sonreíamos de paso de los señoritos de Club de Regatas, con sus trajes de *yachmen* y sus gorras de pseudooficiales. No sabíamos bailar ni entretener a las muchachas, y por despecho nos pusieron aquel apodo.

El norte de España, Biarritz, Burdeos, París, el Norte, el Sudamérica. Medio mundo fue campo de nuestras correrías.

¿Os acordáis los supervivientes? Pobre José Molano, *chauffeur* en París, aviador voluntario en la gran guerra, muerto trágicamente en tierra francesa; Ricardo Vázquez, Manuel Molano, las dos más altas mentalidades que han surgido de tierras extremeñas, muerto el uno en un hospital, en ignorado paradero el otro, pobre, en la miseria después de ser rico, riquísimo, propietario de medio término de Badajoz, el más grande de España.

¡Cuánto se reía aquel niño grande, aquel bondadoso don Benito, con las cosas y las hazañas de nuestra *troupe*!

A veces había que inventar unas o hipertrofiar otras para complacerlo, para distraer su vida, amargada por la ceguera cruel, torturadora, desesperante.

Pero dejemos los recuerdos, que a los lectores no le importan. Ahora es la Costa Azul, Cannes, Antibes, San Rafael, Villefranche, Niza, Montecarlo. ¡Qué nombres tan sugestivos y tan llenos de halagadoras promesas! Cap Martín, Menton al fin. Estoy cansado, muerto, hecho pedazos y me acuesto con ánimos de levantarme al día siguiente. Pero no puedo dormir porque la impaciencia me acongoja. ¿Estará? —me pregunto—. ¿Estará ausente cediendo a los requerimientos de medio mundo que quiere festejarlo? ¿Estará? ¿No estará? ¿Sí? ¿No? Las margaritas forman macizos densos, impenetrables, grandísimos en todos los jardines de Menton.

Decepción- Entrevista

Me levanto y busco un coche, un automóvil. Nada, no encuentro nada, todos han ido a una excursión a Nuestra Señora de la Gué; tengo forzosamente que ir a pie. Estoy en mi papel de peregrino.

—*Vous pouvez demain parler avec son secrétaire. Monsieur ne reçoit personne. A present il est sorti* —me dice la *consierge*.

Doy mi tarjeta, me marchó cabizbajo.

La noche tétrica, torturadora, obsediante. Es comprensible. Coged la guía, ved las distancias que separa villa Amalia en Badajoz, a dos kilómetros de Portugal, donde me hallaba, de la villa Fontana Rosa, junto a la estación de Garavan en la misma frontera italiana, porque 200 metros no es distancia y podréis justificar mis ansiedades.

¿Para qué voy a decir que dormí aquella noche? A pesar de mis ánimos, de mis arrestos, yo tengo la desgracia de ser un sentimental, un sentimental infecto que diría Baroja y todas mis ansiedades, mis afanes más vehementes se cifraban en poder obtener una entrevista con el grande hombre, que es hoy la actualidad más palpitante del mundo de las letras. Y no era solo por agradecer el ofrecimiento, sino para oír de sus propios labios sus proyectos, sus planes, sus procedimientos que para un simple aprendiz de novelista constituían las primeras letras, el bachillerato, la facultad y aun el doctorado de toda su carrera.

No en balde se ha leído vorazmente durante años, acumulando datos, siguiendo con interés apasionado el curso y la trayectoria de uno de estos grandes astros de la literatura, haciendo un viaje costoso y penoso para luego ver desvanecerse todas sus ilusiones como un espejismo, en el desierto, venirse al suelo sus esperanzas como un castillo de naipes. Perdonad estas imágenes vulgares, prosaicas a fuer de manoseadas y ponerse en mi caso.

Pero un destello de esperanza me reanimaba. Otros astros también de primera magnitud en el mundo del periodismo y de las grandes empresas editoriales, me habían pronosticado, allá en Madrid, una acogida favorable. Gracias Artemio, Araquistain, Ramón, a todos mis más rendidas gracias.

Me levanto temprano. Es un hábito de campesino, de cazador, de hombre que vive su vida al grande aire, como dicen los franceses, y, aparte de esto, quien tuviera un átomo de sangre, un haz insignificantisimo de nervios, ¿podría parar entre las sábanas revolviéndose en el lecho como un potro de tortura?

¿Después de todo no era justificado? Si escritores de séptima y de octava categoría y aun de la que no son capaces de salir de la gacetilla, el suceso del día, el fácil reportaje de la presidencia y los ministerios se hacen los incoercibles y los interesantes, ¿no era más justo que este inmenso escritor se aislara, no para darse tono como aquellos, sino para trabajar, para producir en su ardua labor de ir construyendo poco a poco un mundo nuevo?

La mañana en Menton es deliciosa, poco más o menos como la de todas las poblaciones de la Costa Azul. Al fondo la gran cortina de los Alpes cerraba el horizonte.

Las cimas escarpadas, con altísimos acantilados, descendían a poco hasta su parte media. Luego se iniciaba un declive suave que llegaba hasta el mar. En algunos lados el acantilado volvía otra vez a producirse y servía de contención a aquel. Sobre el acantilado, a alturas de vértigo, iba el camino de hierro y la carretera, y esta es la cornisa, que comienza en Tolón y acaba en Génova. Una futesa.

¿Pero es que voy a descubrir la Costa Azul? No estaba esta intención en mi programa y sin embargo no puedo sustraerme a esta tentación. Pero no ya la pluma con sus medios pobres e insuficientes, la paleta más rica quizá fuera impotente para esto.

Las villas se agrupan o se desperdigán sometiéndose a las exigencias del terreno, surgen torres, agujas, remates, cresterías entre los follajes pomposos de los fénix de las thuyas, de las pitchardias filamentosas, luego se tienden las terrazas sobre cuyas balaustradas se desbordan exuberantes las glicinias de todos los matices imaginables y luego las rosas en sus infinitas variedades de colores, de tamaños y de perfumes, los rosales enanos y los trepadores que se enredan en las ramas de los árboles o guarnecen arcadas caprichosas de todos los estilos hechas precisamente para eso, para recibir ese florido abrazo y allí las de musgo, las de té, las híbridas, las remontantes, las de Provins, las de la isla Borbón, las *panachés*, las de *noissette*, todas, todas, todas.

Por contraste el mar no huele así. Ese olor del Atlántico, salino, yodado, vivificante, aquí no se conoce. Algún pero había de tener la Costa Azul. Es un olor acre, excitante, afrodisíaco, debido a la presencia de ciertas algas o de unos moluscos que no conozco, de una película blanca desvaída en azul que parece un *chiffon* deshilachado de un creador genial de refinadas elegancias.

Y ese olor.... a fémina os marea, os irrita, os hace huir hacia las rosas que son más apacibles, más sedantes, más consoladoras.

Son las ocho, las nueve, las diez y media. Juzgo entonces prudente maniobrar y tomo un coche.

Es una victoria, un vis a vis tapizado de gris perla, de un gusto delicado como todo lo de allí. Por capota lleva una gran sombrilla blanca rematada con flecos de cordoncillo malva también, de suprema elegancia.

Llego ante la verja. Una rapazuela la abre y el coche entra. Un muchacho joven, simpático, de rostro inteligente, revestido con una gran blusa de dril, viene hacía mí.

Es Rafael Dorotte, el secretario del maestro. Me acoge con un gesto cordial, prometedor, que luego se confirma.

—Don Vicente lo espera a usted desde las ocho.

Respiro, protesto en mi interior de mi torpeza.

No hay hombre de letras que no haya escrito los recuerdos de su vida, las impresiones primeras de su infancia y de su juventud. Es una regla a la que nadie ha podido sustraerse. Leed los escritores franceses, por ejemplo. Unos fueron a ver a Victor Hugo cuando este era el pontífice soberano de las letras, otros a Zola, muchos a Sarcey, los refinados buscaron a los Goncourt y los exquisitos al autor glorioso de *Salambó* y *Madame Bovary*.

Ved cómo describían su primera visita. Llegaban tímidos, balbucientes, osando apenas tirar del cordón de la campanilla y azorados, sumisos, se prosternaban ante el santón correspondiente, sin atreverse siquiera a desplegar los labios.

Mi caso es otro. Yo he corrido el mundo, estoy abusado por la vida, por sus torturas, por sus emociones, por sus halagos. He sufrido golpes rudos de negocios, éxitos envanecedores, he visto ministros, personajes, he hablado con reyes, perdí a mi pobre padre en edad temprana y al que todo lo que soy y lo que tengo se lo debo. Cualquier día enmudezco yo ante nadie.

Y no es que sea soberbio. Desconozco esa despreciable cualidad, soy habitualmente encogido, tímido, callado, por la convicción de mi insuficiencia y de mi ignorancia; pero cuando llega un caso grande, me transfiguro, me transformo, soy otra persona.

Tampoco puedo decir que no estuviera emocionado. Se necesitaría no tener sensibilidad, ni poseer el resorte de la gratitud para verse ante el más grande literato de nuestros días, debiéndole un favor inmenso para no estar conmovido.

Y el gran maestro está ante mí sentado sobre el borde de una meridiana, con su fuerte torso de luchador y su caraza amplia y bonachona que irradia satisfacción, contentamiento íntimo, delicia de vivir.

Trato de hablar, de plantear asuntos, llevo embotelladas mil preguntas, pero no puedo, el maestro habla, habla, habla.

El maestro habla con pasión, con vehemencia, con exaltación meridional, salpimenta la charla con clásicas interjecciones españolas, con característicos ches valencianos y yo no puedo intervenir, no puedo, es desesperante.

¡Tantas cosas como tenía yo que decirle a don Vicente, de sus obras, de las extrañas, de esto, de lo otro, de qué sé yo, todas mis ideas se han dissociado!

¿No habéis estado nunca ante una persona superior que os ha descompuesto vuestros planes, que ha trastornado vuestras ideas, penetrado en vuestra conciencia y

destruido la ordenación de vuestro criterio? No creo que sea este caso mío el primer caso.

Me reconviene cariñosamente por haber hecho este largo viaje; yo le digo que no tiene importancia, que París bien vale una misa, que a *tout seigneur, tout honneur*, banalidades, tonterías.

Intento plantear asuntos, hablar de literatura; quisiera recoger en este viaje los provechos de enseñanza a que creo tener derecho, pero es inútil.

Blasco sigue hablando con su charla amena, insinuante, persuasiva, hipnotizadora, de mil cosas distintas. Es un *causeur* formidable, tan formidable como escritor, y aún dice que le cuesta trabajo hablar. ¡Si no le costara!

Pero esta vez me impongo, a riesgo de ser descortés; lo atajo.

—Mire usted, maestro; yo voy a abusar de su bondad. Esta obra mía está concebida en los Estados Unidos, pensada en los Estados Unidos, escrita para los Estados Unidos hace ya tiempo, mucho tiempo, como la otra, pero que hasta ahora no he tenido valor para lanzarla. Quiero desvanecer la idea de un propósito de imitación cegado por su éxito, alucinado por sus ganancias. Son —prosigo— las aventuras de una muchacha, de una *girl* española, género que, como usted sabe, tiene allí mucho ambiente, aun hecha por escritores mediocres, éxito grande, pero relativo, no comparemos. Todo el que escribe piensa en eso, es lógico, es natural, en que lo lean, en hacerse una firma. ¿No es verdad?

Queda pensativo, creo haberlo convencido, me voy posesionando de mí mismo.

Mis sueños esta vez van tomando cuerpo y realidad.

Pero de pronto se levanta como impulsado por un resorte enérgico, se vuelve a dejar caer, se lleva las manos a la cabeza, temo que vaya a darle algo.

—¡Qué disparate. Dios mío, qué inmenso disparate! —exclama con voz potente que resuena en la oquedad de la gran pieza en que nos encontramos—. Meter la cabeza allí, allí donde nadie la ha metido, ni Zola, ni aun el mismo Zola.

Y al salir de sus labios este nombre inmenso, su voz parece tomar inflexiones de veneración.

—Yo mismo —añade con exaltación creciente— me levanto todos los días y me pregunto: ¿Pero es que he soñado todo esto? ¿Es posible que a mí me haya ocurrido? Mire usted; yo he sido siempre una cosa además de novelista. Político y novelista, colonizador y novelista; hasta hace poco, no he sido novelista solo. Mi primera novela, *La barraca*, salió en el folletón de *El Pueblo*; y aprovechando las cajas, se hizo una

tirada de 500 ejemplares, con una impresión indecente, después me la pidió Miguel Moya para *El Liberal*.

»Luego un editor francés (cita su nombre) me pidió permiso para traducirla, me escribió una carta, dos cartas, tres cartas, treinta y tantas cartas, y ya me cansó y una mañana fui y le contesté. Le escribí una carta y le dije: “Toño monsieur X, tradúzcala usted mi novela, tírela, quémela, cómasela, pero déjeme usted en paz”. Y la novela se tradujo al francés. Yo solo vivía entonces para la política.

»He sufrido mucho, che, he sido pobre, he tenido duelos, he estado en la cárcel, he pasado mil penalidades y fatigas.

Y quién no las ha pasado, pienso para mí. También el que esto escribe las ha pasado. También ha escrito en periódicos violentos, provocativos, revolucionarios, también ha podido ir a la cárcel.

¿Os acordáis de aquel periódico republicano que estuvo en la calle de..., bueno, en una calle de Madrid; es el mismo periódico pintoresco que describo en *Vencido*, uno de aquellos periódicos a la antigua usanza, con artículo de fondo, con comentarios políticos, con alusiones espantosas que no respetaba nada, ni aun la vida íntima de los más altos, de los más excelsos personajes y cuyo crítico literario no conocía ni aun de nombre, en serio, a don Marcelino Menéndez y Pelayo.

Cierta colectividad se sintió ofendida por no sé qué periódico. El nuestro hizo causa común con este último. A aquel le invadieron la redacción y apalearon a los redactores, destrozaron máquinas y enseres, hicieron con las cajas un pastel inmenso, pero con el nuestro no se atrevieron. Había allí hombres decididos y valientes que hubieran repelido la agresión y no éramos nosotros ciertamente los pobres redactores, adolescentes, casi imberbes, sin autoridad, sin valor y sin fuerza. Los trabucazos se hubieran oído donde yo bien sé, porque estaba cerca y ellos, los ofendidos, desistieron prudentemente. Cayó el Ministerio bajo el peso de esta asonada. Yo me fui a examinar a Salamanca, donde los reaccionarios me suspendieron. Allí donde se aprobaba tanto burro.

Vuelvo a insistir en mi pretensión y él añade con tono paternal:

—Bueno, hijo, lo que usted quiera, yo le haré ese prólogo, lo pondré en relaciones con mi manager —cita su nombre, que he olvidado—, pero para octubre, ahora no me acuerdo. Pero si lo mío es una cosa incomprensible —dice modestamente—, había usted de escribir el *Quijote*, fíjese usted bien, y sería lo mismo. Claude Farrère, que es hoy quizá el novelista de más predicamento en Francia, o por lo

menos el más en boga, me ha hecho la misma petición. Allá ustedes. Yo le hago el prólogo, le doy una recomendación para *monsieur X*, todo lo que quiera.

La escena anterior ha tenido lugar en la biblioteca, pieza amplia aislada de la casa principal, en uno de cuyos ventanales campea airosa y grácil la divina Victoria de Samotracia. Salimos al jardín y me despido, la visita ha durado dos horas, le pido perdón por mi demora.

Se fija en el coche y pregunta de quién es. Le digo modestamente que es el mío.

—¿Pero usted sabe lo que va a costarle eso, criatura?

Ya lo creo que lo sabía, lo había ajustado antes. Dos horas de charla, la ida, la vuelta, unos cuarenta francos, pero tengo un gesto de nabab, que significa no importa, no vale la pena. Y en realidad no la valía ante la importancia y el valor inmenso de una conversación con este nabab de la literatura que vive en una quinta principesca entre las otras quintas de los potentados, de los miliardarios del dólar de los «Hereus du Monde» y este título novelesco americano pasa por mi imaginación.

—Puede venir mañana en el tranvía, cuesta veinte céntimos.

Y apunto estos datos, esta lección de vida y de conducta.

También me fijo en el sombrero del maestro. Es de última moda, de paja, con las alas recogidas, de endeble calidad que no resiste la comparación con nuestro pasable Panamá de ochenta francos. También me llaman la atención sus gafas, en montura de níquel, modestas, de viejo empleado con familia y el contraste fuerte me hace meditar.

Medito y hago deducciones mientras el coche corre camino de Menton; desfilan quintas, hoteles suntuosos, parques sombríos donde juegan al *tennis*, al *base ball*, al golf y al criquet, los deportes sajones, de los poderosos, de los mismos reyes.

Y la deducción es lógica, se cae por ella misma. Es el impulso anterior de toda una vida, donde se han pasado privaciones, es la santa austeridad republicana que repugna el halago personal, no es miseria ni cicatería en quien su situación actual obliga a vivir como los príncipes y los potentados, dos cosas en contradicción, pero que la naturalidad y el dominio del maestro sobre todo resuelve y concilia.

Alrededor del mundo

—Ahora estoy en el Japón, ¿sabe? No vivo más que Japón, no pienso en otra cosa. Por todas partes no veo más que kimonos, tibores, musmés, lacas, crisantemos.

Esto me lo dice en el jardín. Ya no era preciso el recibimiento solemne de la biblioteca. Es un jardín maravilloso y bien tenido, bordeado de rosales; las eternas rosas

de Menton. Los paseos están asfaltados, llenos de bancos y de asientos, curiosos, artísticos, originales.

En este jardín la naturaleza se asocia, se funde, se compenetra con el arte. Las cerámicas de Manises y las poterías de Marsella, y sobre todo, el gusto, el extraordinario gusto del maestro, artista sobresaliente de una tierra de artistas.

De enormes macetones de terracota surgen plantas rarísimas; los azulejos muestran en relieve escenas valencianas; todo es único, personal, depuradísimo.

Y saboreamos con anticipación las delicias que nos esperan de las descripciones del viaje. ¿Por qué, querido Baroja, maestro entre los maestros, las descripciones son un punto muerto literario?

Entonces toda la obra de Blasco, toda la obra de Zola hay que tirarla a la basura, gran parte de Goncourt, esa estupenda *Salambó* y en cuanto a las descripciones de Metrópolis, la inefable *Page d'Amour* a la basura y a la basura también ese prodigio de concisión y de gracia descriptiva que se llama *La ciudad de la niebla*.

Y el maestro habla sin cesar. Dice que le cuesta trabajo hablar y es verdad. Señala la garganta como un cantante afónico y no es eso. No es imposibilidad del organismo. Es que cuando habla le afluyen al borde de los labios cien expresiones distintas para un solo concepto, y es natural, se encuentra embarazado. *L'embarras du choix*.

—Yo no fumo, no bebo, no hago más que escribir.

Curioso caso el de este hombre que en la plenitud de su vida, sobrado de medios materiales, tiene en un gesto de soberano renunciamiento que abandonarlo todo y consagrarse al arte. Terrible esclavitud esta del arte. Es un tirano que lo exige todo, que lo absorbe todo, que domina en todo, que impone la exclusión de todo lo demás.

—Tengo que aislarme, que no estar para nadie. No puede ser de otra manera.

La Costa Azul hierve constantemente de millonarios, de personajes de todo el mundo. ¿Qué mejor ornamento de una mesa, de prestigio para una casa grande, que la presencia del autor glorioso?

—Me levanto temprano, muy temprano, tengo que leer la prensa, saber lo que pasa por el mundo. Luego viene el correo y hay que despacharlo, cartas de amigos, de editores pidiendo permisos de traducción, cartas de todo el mundo, de conocimientos hechos allá en América, en este periplo que acabo de realizar y cuyos incidentes voy a describir en el libro que hago, que vivo ahora en este momento con la mayor intensidad,

poniendo en él toda mi fe, todos mis sentidos, todo mi ardimiento como en todo; luego doy un paseo en automóvil, a almorzar, a trabajar hasta la noche.

Su vida, en efecto, como la de todos los grandes trabajadores, como la de Flaubert, como la de Zola, es ordenada, metódica. La bohemia, el noctambulismo, son incompatibles con una producción intensa. Es un ascetismo laico, pienso, una labor de forzado.

De forzado, de presidiario, ¿no es verdad? Qué mayor condena que la de este grillete que lo inmoviliza horas y horas en la clausura de su biblioteca dictando páginas y páginas para sus libros, para artículos, para argumentos cinematográficos, para periódicos, para magazines, para cuantos de publicidad y de difusión existen en el mundo. Qué cómitre más cruel que este manager, este agente general que allá en América se entiende con todas aquellas poderosas empresas editoriales. Un cómitre espléndido, un grillete de oro, pero cómitre, grillete al fin.

René Lafont acaba de publicar un libro, *Les forçats de la volupté*. Su título lo dice todo. ¿Por qué no hay quien escriba «Los forzados de la literatura»?

Terrible vida la del escritor, la del escritor sincero que quiere ser veraz, documentado, concienzudo. Él ha de indagar, inquirir, compulsar lo escrito, hacer comparaciones para que sus obras reflejen la verdad, la realidad, el ambiente.

¡Y qué mal recompensado todo esto! El lector distraído, indiferente, no sabe los sudores, las angustias, la sangre que es preciso perder para informar la vida de ese ser nuevo que es un libro.

Yo mismo he debido ir el otro día por una carretera polvorienta, allá en Marsella, andar varios kilómetros bajo un sol de plomo, para comprobar un extremo descriptivo que no ocupa el espacio de una línea.

Dorotte me enseña la quinta, subimos al mirador, un mirador altísimo que lo domina todo, un gran salón para fiestas, para cinematógrafo, la pérgola. La pérgola en el argot de la villa quiere decir el emparrado, se ve la proximidad de Italia. Todo está revestido de azulejos, el mirador, los arriates, la pérgola, vistoso, atractivo, brillante.

Exageraciones. —Realidades

Otra vez en la biblioteca. Libros modernos, libros antiguos, historias, tratados, monografías, libros de técnica, de vaga, de amena literatura, ilustraciones magazines, toda la documentación que es preciso para hacer obras de fantasía al estilo moderno, es decir, con un punto de apoyo en la realidad, realizando al cabo de los tiempos la

aspiración del sabio de Siracusa, esto es, mover al mundo, al mundo entero como acaba de hacerlo Blasco con su obra capital, la obra de la victoria del Derecho, la obra de su victoria personal, la del glorioso siglo XIX, León Daudet, que nos dio el germen de todos los progresos de todas las santas aspiraciones humanas.

Revuelvo, busco, husmeo, quizá con impertinencia, con descortesía acaso; pero es una pasión que me domina como a otros el vino, el juego o las mujeres, una pasión funesta que me ha absorbido, que me ha dominado, que me ha impedido hacer fortuna, que me ha impedido producir.

Hablamos de sus obras, de sus escritos y otra vez vuelve a exaltarse como el otro día.

—Mentiras, mentiras, fantasías. Todo lo que dicen es mentira. Eso de los cuatro, de los cinco millones de ejemplares es mentira, alucinaciones, infundios.

Se comprende. En aquel país (se refiere a América) todo es abultado, hiperbólico, monstruoso, enorme, la distancia agranda, hipertrofia las cosas, se mira a través de dos medios diferentes y el espejismo surge.

—La verdad es esta. Un millón de ejemplares, doce, catorce, no sé cuántas ediciones clandestinas hechas en el Sudamérica, esto es todo,

Y lo dice con sencillez, rebajando, aminorando, quitando *jierro*, como dicen los flamencos. Un millón de ejemplares.

Para nosotros, modestos novelistas de los de las dos mil unidades, estas cifras, más que envidia, nos producen espanto, vértigo, estupor que linda con el coma.

Lo del viaje, también mentira. Se ha hablado de los veinte, de los treinta, de los cuarenta mil dólares, y este es otro infundio. No han sido más que doce mil, que ya es dinero, mucho dinero, casi una fortuna. Y el republicano, pobre, económico, probo, austero, vuelve otra vez a surgir, a revelarse.

Me habla de la suntuosidad, del lujo asiático del *Franconia* y yo lo escuchaba embelesado. Estaba en mi elemento. Es otra de mis aficiones incurables la del desplazamiento y recuerdo mi emblema, mi divisa, la del gran Pompeyo.

Navegar es necesario.- Vivir no es necesario

En *La vorágine* describo prolijamente uno de estos palacios flotantes, el *Atlantic*, un barco ilusorio de la serie de los *ic* que los aficionados a las cosas de mar llevamos muchos años esperando de la prodigalidad inconmensurable de la White Star Line.

Para terminar. ¿Es que yo me he propuesto demostrar que la obra de Blasco, la mundial, la del éxito, es una obra cumbre? De ninguna manera. Mi reconocimiento no llega hasta la adulación.

Lo que ha ocurrido es que Blasco, ya bastante conocido en todo el mundo por sus obras, por sus *exploits* extraordinarios en la política, en la colonización, con una larga historia literaria, con un bagaje respetable, ha tenido la suerte de producir un libro de bastante consideración en un momento excepcional, único en la vida de la humanidad, un libro el único también que abarca la visión de conjunto general de la guerra toda, demostrando la condensación y la polarización de los dos sentimientos opuestos que han dominado a la humanidad en uno a manera de cuadro sinóptico, de impresión sintética. Y esto es todo.

Los otros autores, Barbusse, Bertrand, Dorgeles, Duhamel, cien más han dado solamente un aspecto fragmentario de la epopeya, *romans désuade*, esto es, de compañía, bocetos, pastiches.

Si Zola hubiera vivido, a Zola le hubiera correspondido hacer la novela y para él hubiera sido el éxito. Muerto Zola, nadie podría hacerla más que Blasco Ibáñez, que es en cierto modo su continuador.

Pero sea como sea, en honor de la verdad hay que decir que el éxito ha sido rotundo, inmenso, sin precedentes.

Sobre una mesa están los últimos libros recibidos. Todos, absolutamente todos, son traducciones de *Los cuatro jinetes del Apocalipsis*.

—Y eso es lo último —me dice Blasco con indiferencia, acostumbrado a esta clase de envíos—. Si viera usted lo que hay ahí dentro.

Ediciones en alemán, en checoslovaco, en sueco, en dinamarqués, en ruso, en japonés y en chino. Y todas, todas, incluso las japonesas, incluso las chinas, hechas con un lujo, y un refinamiento para nosotros desconocido por causa de la sordidez, por la falta de vista de nuestros editores.

¡Y qué papel, qué impresión, qué encuadernaciones!

Se ve que en todas partes se da al libro la importancia que merece. Que quiere dársele, además de su valor literario, un valor intrínseco, hacer de él un adorno, una joya que realce el valor de una estantería, de una pieza, de una casa. Porque se ve también que no son ejemplares de regalo, hechos en tiradas especiales, que no son *reliures d'amateur*. Salta a la vista que son impresiones usuales, corrientes, encuadernaciones hechas en series.

Recojo con la vista las últimas impresiones, almaceno datos en mi memoria para hacer estas referencias, porque yo nunca tomo notas, es un sistema como cualquier otro.

Contemplo al maestro, que está sentado en un banco del jardín, un banco maravilloso con los extremos que sirven de pie y de apoyo a los brazos hechos en terracota con labores y figuras de filigrana. Una de esas obras que solo se producen en los grandes florecimientos artísticos, en los días gloriosos de Atenas, de Pompeya o de Roma o en los esplendores fastuosos del Renacimiento.

Contemplo al maestro y hago mis últimas consideraciones.

No. Blasco Ibáñez no es un carácter; un profesor de energía, un *self made man* forjado, tallado y templado por sí propio, un *standard*, un arquetipo, modelo de Smiles o de Marden, es un elemento, una fuerza de la naturaleza, como un huracán, como una tormenta; por eso arrolla y se impone. Es la naturaleza misma; por eso sus obras son consustanciales a todos los hombres sin distinción de temperamento, de gustos, de nacionalidades. En esto también, y no solo en la casualidad es en lo que estriba el secreto de su éxito, en que sus personajes tienen consistencia, sangre, vida, calor de humanidad, en que poseen esos caracteres permanentes a los que Taine aseguraba la perdurabilidad eterna.

Epílogo nostálgico

Me he despedido del maestro y me he dedicado a recorrer Menton; luego he cogido un tranvía y he ido a Montecarlo, y luego, en un lujoso auto-ómnibus, he llegado a Niza. Cada una de estas poblaciones tiene su sello, su carácter especial dentro de ese otro *cachet* de refinamiento y elegancia de toda la Costa Azul, pero su descripción no es de este sitio.

Al otro día bien temprano cojo el maletín y voy a la estación a tomar el rápido que viene de Italia. En una pequeña plaza hay dos grandes automóviles llenos de muchachas alborotadoras que acaban de llegar de Italia y vienen a trabajar a Menton en la costura.

Como no es todavía hora del trabajo, no han juzgado prudente descender y siguen allí charlando por los codos con sus frescas voces de niñas y su lenguaje musical.

El coche ha de volver a Italia en breves momentos. Alguien nos ha dicho que, después de conocer Menton, la población fronteriza no vale la pena visitarla, pero esta incurable bohemia que ha arrastrado a uno a tantas partes y a hacer tantas locuras, me domina a mí ahora, es más fuerte que yo, y subo al automóvil.

Vienen más viajeros, las muchachas se bajan y el motor ronca.

La carretera, la cornisa, los acantilados y el vértigo. Cierro los ojos mucho por debilidad y algo por mareo y me hacen despertar. Los gendarmes franceses, los carabinieri, los pasaportes, y estamos en el país del arte y de Mussolini. De Mussolini no me cabe duda porque ya hemos visto varios individuos con una gorra picuda de cuartel rematada por una gruesa borla, un revólver al cinto y una blusa, camisa negra como el ala del cuervo, que nuestra torpeza no nos deja ver desde el primer momento que son individuos del *fascio* que prestan servicio de policía.

Llegamos a Vintimiglia. El mercado hierve de compradores. Dominan las flores y los queijos, cuyos respectivos olores (vade retro Bruccio y Gorgonzola) y sus característicos aromas forman una mezcla detonante.

Verdaderamente, después del poético e insinuante Menton, caer en el prosaísmo plebeyo de Vintimiglia, es dar un verdadero batacazo. Cojo un tranvía y me marchó a Bordhiguera.

Bordhiguera es insignificante pero muy bella, en una situación preciosa, venero inagotable de inspiración para la poesía y la pintura. Vamos hacia la playa. No hay casetas ni establecimientos balnearios. Las muchachas bien, se desnudan entre las rocas como la gente pobre en otras partes; luego se desperdigan por la playa o se encaraman en las rocas a leer o hacer labores.

En una veo un grupo interesante. Es una gran roca que se tiende oblicuamente sobre el mar, flanqueada por otras de menos importancia. Tres jóvenes bellísimas, dos de ellas, sobre todo, vestidas con sus *mallots* negros de baño, tricotan afanosas en una de esas labores de ganchillo que constituyen hoy la gran preocupación del mundo femenino. Se envuelven en sus capas, negras también, y por su colocación una más baja, otra a la derecha y otra sobre el borde alto de la roca, reproducen exactamente el primer acto de *El crepúsculo*. El de las parcas maniobrando en el hilo de la vida.

Tal es su actitud que pensamos en un algo preparado, en un truco escenográfico dispuesto por el comité para la atracción de forasteros que acudan a saturarse de arte en el país del arte. Pero no ha sido un caso fortuito, una de esas múltiples combinaciones del azar con que nos brinda a cada paso la casualidad, porque una de ellas, abandonando la labor, coge un libro y al poco rato llama a sus compañeras para leer o contemplar algún pasaje, picaresco probablemente porque se ríen a carcajadas de una manera muy significativa. Estas *girls* italianas de Bordhiguera son de una gracilidad, de una venustez que pasma.

Pienso que no debe ser muy desagradable encontrarse entre las manos de estas amables parcas y sigo mi camino. Llego después al bello Ospedaletti y luego al más populoso y más interesante S. Remo con su ciudad antigua, que tantas veces hemos visto en las películas de la Cines y de Ambrosio Film.

Retorno. Vuelvo a Vintimiglia, donde espero una hora. En la estación, una baraúnda de trenes que llegan, de trenes que se van y me confundo.

Pregunto a un empleado en italiano, macarrónico, señalando a un convoy:

—*Questo e il tran para Mentone.*

—*Non signare e para Roma.*

Me da un salto el corazón. El empleado ha pronunciado aquella cosa enorme con la misma naturalidad e indiferencia con que hubiera dicho Pozuelo o Talavera.

Ando vacilante, sonámbulo, sin saber qué hacer. De un lado está la ciudad eterna, llena de sugerencias espirituales, suprema aspiración de todo artista, de otro la recolección, el cortijo extremeño, los negocios, el contrapeso brutal que hace plegar las alas.

Me sorprende tratando de buscar con una mano ávida y trémula la cartera, con un gesto de cuarto acto a la puerta de una casa de cambio, donde al fin puedo reaccionar.

Arranca el tren. Ahora ya no voy en segunda, voy en un departamento del *sleeping* del *direttissimo* Italia-Caláis, para poder dormir hasta el empalme.

La estación de Garavan, el eucaliptus de villa Fontana Rosa, el más alto de toda la Costa Azul, la gran pieza aislada que es la biblioteca del maestro y en un amplio ventanal que se parece a una vitrina, la incomparable Victoria de Samotracia, queriendo tender sus alas hacia el infinito azul o cobijar con ellas al mundo, envolviéndolo en gracia y poesía.

Me dejo caer rendido al peso de tantas fatigas y tantas emociones; el romanticismo ha terminado.